



## *Las Cuestiones Académicas de Pedro de Valencia*

MANUEL PECELLÍN LANCHARRO

Pedro de Valencia (1555- 1620) es el autor de las *Quaestiones Academicae sive iudicium erga verum*, según se sabe la única obra editada por el gran humanista. La terminó en Zafra, “en los confines de la Bética”, el 26 de febrero de 1590 y la publicó en Amberes, en las formidables prensas del gran Plantino el 1596, justo el año en que veía la primera luz René Descartes, el fundador del racionalismo moderno. Tuve el honor de hacerla reeditar (1987) en el departamento de publicaciones de la Diputación pacense, que fundé y dirigí durante dos lustros. Utilizaré el texto bilingüe que, con oportuno estudio preliminar y sugestivas notas a pie de página, compuso al efecto José Oroz Reta, su primer editor en latín y lengua castellana<sup>1</sup>. Precisamente a este investigador se deben también dos trabajos sobre el tema que nos ocupa:

“Presencia de Cicerón en las Académica de Pedro de Valencia”<sup>2</sup> y

“De iudicio erga verum ex ipsis fontibus”<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> *Academica*. Badajoz, Diputación, 1987.

<sup>2</sup> *Helmantica*, tomo 35, nº 106, pp. 5-50.

<sup>3</sup> J. Reta (coord.), en *Perficiit*, vol. 15, nnº 171-180, pp. 6-112, año 1985.

Pese a la indudable importancia de la obra y a su singularidad en el panorama literario español, tan ayuno de estudios filosóficos, las *Academica* de nuestro paisano apenas han tenido resonancia alguna. Puede decirse que, a excepción de D. Marcelino Meléndez y Pelayo, que la tradujo y editó parcialmente<sup>4</sup>; M. Serrano Sanz<sup>5</sup> y Mario Méndez Bejarano, como diré después, los estudiosos casi no han reparado en la misma. En los tiempos últimos, el joven ensayista extremeño, a quien tuve el honor de dar clases, Juan Luis Suárez, se ha ocupado de la misma en *El pensamiento de Pedro de Valencia. Escepticismo y modernidad en el humanismo español*<sup>6</sup>.

No obstante, el trabajo de D. Pedro constituye prueba irrefutable de que el Renacimiento español fue un hecho incontestable, aunque aquí se adornara con características propias.

Efectivamente, en esa vuelta a la antigüedad clásica, a la cultura grecolatina, que tan bien conoció nuestro paisano, hay que situar las *Academica*, de aparición un punto atrasada respecto a sus homólogas en otras naciones europeas. (“España es país de frutos tardíos”, según gustaba decir el maestro de historiadores, D. Ramón Menéndez Pidal).

Como señalé, la obrita salió “ex officina Plantiniana, apud viduam et Ioannem Moretum, Antuerpiae, 1596”. Se compuso, pues, en una de la más famosas imprentas de la época, aunque para entonces ya había muerto su creador y dueño, el gran Cristóbal Plantino, “prototipógrafo real “(a saber, de Felipe II), con quien Arias Montano tuvo amistad tan profunda, transmitida al discípulo más amado del frexense. La viuda y el yerno del editor francés mantuvieron en el Mercado del Viernes la imprenta de los Compases de Oro (hoy reconvertida en admirable museo), cuyo mayor mérito fue sin duda la edición de la impagable *Biblia Políglota* preparada por Montano. (Durante la excursión organizada por nuestra Academia a Italia, tuvimos la fortuna de localizar en la biblioteca del San Carlino, Colegio de los Trinitarios de Roma, el mínimo pero bellísimo edificio que construyera Borromini – todo él ocupa el mismo espacio de una sola columna de la Basílica de San Pedro – los cinco primeros volúmenes de aquella magna obra). Me importa recordar que Plantino fue, hasta el final de sus días, miembro relevante de la Familia Charitatis, sociedad secreta, irenista, a cuyas tesis siempre creí estuvieron muy próximos Arias Montano y el mismo

4 Lo recoge en el volumen “Ensayos de crítica filosófica”, *Obras Completas*, Madrid, Ed. Nacional, vol. 43, 1948, pp. 237-256.

5 M. Serrano Sanz, tan atento a las cosas extremeñas, publicó (1910) el valioso estudio *Pedro de Valencia. Estudio biográfico-crítico*, que reeditó facsímil la I.C. Pedro de Valencia (Badajoz, 1981).

6 Badajoz, Diputación, 1997.

Pedro de Valencia, que, como se ve, seguía manteniendo estrechas relaciones con los herederos del impresor francés afincado en Neederland.

Con los postulados familistas parece concordar bien el lema puesto por el zafrense a su libro. Curiosamente redactado en griego, dice así: “Ou dokein, alla einai”(No parecer, sino ser). A primera vista, cabe atribuir a este lema una instancia ética, una apelación a la autenticidad, que induce a conceder valor solamente a las instancias profundas, desechando las banales apariencias, la superficialidad a la que tan proclive era la sociedad española contemporánea de Valencia. Sin embargo, no excluyo aquí un recuerdo de las enseñanzas de Hiel, a quien no le importó si alguien era de confesión católica, calvinista o luterana – el parecer -, sino si se era fiel al Evangelio primitivo.

Pedro de Valencia dedica su trabajo, compuesto en sólo veinte días y que anuncia como parte primera de otro mayor nunca édito, a García de Figueroa, ayuda de cámara de Felipe III. El prócer zafrense habría sido el incitador del libro, según carta dirigida por nuestro humanista al padre Sigüenza, otro gran discípulo de Montano, cuyas enseñanzas defendió con solicitud desde su puesto en la biblioteca de El Escorial : “Recibiré v.P. un libro mío que vido v.P. días ha, antes que se imprimiese, que son *Las académicas*. Los amigos de Sevilla, principalmente Tovar - ¡Dios lo perdone!, y aun estoy por decir ¡Dios se lo perdone ! - lo embiaron (sic) a Flandes, a imprimir contra mi voluntad, a lo menos contra mi gusto. Fue obra de veinte días, como sabe el señor don García de Figueroa. No quiero con esto excusar culpas. V.P. las censure y acuse. Algunas erratas tiene, de que avisaré en pudiendo. Reconozco que este pesarme de que se haya impreso no es *a bono*, sino que hay, como dice Eurípides, *pollai mórphai daimonón*, entre los demonios de ambición. Que unos imprimen amando sus obras y confiando merecerán nombre por ellas, otros se quieren aun más, y nada les parece que basta para divulgarlo por suyo. Dios nos dé la simplicidad de su espíritu para que en todo *caritas urgeat nos*, y no otros intentos”<sup>7</sup>.

Tal no vez no resulten inútiles algunas consideraciones sobre esta curiosa epístola. Compuesta en el duro castellano de su autor (crítico, no se olvide, de todo un Góngora, a demanda del poeta cordobés, quien en la 2ª edición de sus poemas alteró hasta cuatro pasajes para atenerse a las recomendaciones del segedano), parece una excusa ante posibles detractores del texto, Inquisición no excluída. Por lo demás, se recuerda a los amigos sevillanos como los que le incitan a escribir y entre ellos al inevitable Tovar, sin duda el poderoso judeoconverso en cuya casa eligió morir Arias

7 Fecha en Zafra, el 1 de mayo de 1597, reproduce la carta José Oroz, o.c., pp.11-12.

Montano, tal vez por asegurar a sus últimas horas y al propio cadáver un trato acorde con la tradición hebraica.

Por otro lado, la carta concluye apelando curiosamente a la “caridad”, lo que nos sitúa nuevamente en la órbita de la asociación nacida en los Países Bajos. No debe olvidarse que Valencia había aprendido bien la lección montaniana sobre la circunspección en la escritura, pues “es menester quien vive entre hombres tener la prudencia de la serpiente...”<sup>8</sup>.

En cuanto a la Familia del Amor, remitimos al impagable estudio de Ben Rekens, *Arias Montano*<sup>9</sup>, que en castellano se editara con un apasionante epílogo de Ángel Alcalá.

Sin duda, las *Academica* se inscriben en la línea de recuperación de la obra ciceroniana, tan rica durante el siglo XVI. Al extremeño le preocupa aclarar, tal vez a demanda de su poderoso amigo zafrense, las *Cuestiones académicas* de Cicerón<sup>10</sup>, obra reescrita por éste, mutilada y oscura, maltratada por los copistas y llena de problemas interpretativos<sup>11</sup>. Valencia nunca perdió de vista, al redactar su obra, el *Contra academicos* de san Agustín, quien se sabe estuvo alguna vez muy próximo de la Academia platónica y se irritaba al considerar que los Académicos nuevos habían traicionado a su querido Platón (lo que fue una tesis muy extendida).

8 Pedro de Valencia a Fray Juan de Sigüenza, el 7 de diciembre de 1595, publicada en la *Ciudad de Dios*, 41, 1897, pág. 493.

9 Madrid, Taurus Ediciones, 1972.

10 **Marco Tulio Cicerón** (Arpino, 106 adC- Formia, 43 adC) fue un político, filósofo, escritor y orador romano, nacido en una familia de origen plebeyo. Su padre lo instruyó en leyes y al morir le dejó una gran fortuna. Conocemos la vida de Cicerón, entre otros, gracias a la biografía que de él escribió Plutarco, a su abundante epistolario, que se ha conservado, y al celo de los humanistas del siglo XV y XVI que copiaron los raros manuscritos de sus discursos y otras obras. El apodo “Cicerón” deriva de *cicer*, garbanzo; según unos por dedicarse su familia (la familia Tulia de Arpino) al cultivo del garbanzo; según otros por tener una verruga en la nariz como un garbanzo. Recibió una excelente educación y tras una brevísima carrera militar y tres años de experiencia como abogado en causas privadas, viajó a Grecia y Asia para continuar sus estudios. Fue discípulo de Fedro el Epicúreo, de Filón el Académico, de Diodoto, de Antíoco de Ascalón, de Zenón y de Posidonio. Esta multiplicidad de maestros hizo que Cicerón aplicara distintas concepciones a los problemas filosóficos. Sus planteamientos relativos a la moral estaban cercanos al estoicismo, mientras que en gnoseología defendía un escepticismo moderado; todas estas influencias y lecturas darán al cabo en el eclecticismo y en él sintetizará la tradición griega reescribiéndola en latín (es.wikipedia.org).

11 Oroz hace un detenido estudio de la cuestión en el estudio preliminar de su edición.

“La lectura despaciosa de los dos tratados – escribe Oroz – nos pone de manifiesto, de un lado, la gran influencia que ejerció el escritor romano y, de otra parte, la agudeza del autor español para interpretar el pensamiento filosófico de Cicerón”<sup>12</sup>. Cuál era éste, lo dejó escrito este gran hombre en su tratado *De natura deorum*: “No somos de los que afirman que no existe la verdad, sino de los que sostienen que, en todas las verdades, hay algo falso tan hermanado que resulta difícil poder juzgar y discernir lo verdadero de lo falso. Y de ahí proviene la existencia de muchas cosas probables que, aunque no fueran percibidas, sin embargo, como ofrecen una apariencia insigne e ilustre, son las que deben regir la vida del sabio”<sup>13</sup>. Esta postura viene a coincidir con la más extendida en su tiempo (siglo I a.C.), merced a las enseñanzas de Carnéades, que trataremos más adelante. Para mí, no cabe dudar de que Valencia, tan pragmático en sus actuaciones, experimentaría una muy fuerte atracción hacia el escepticismo como postura intelectual.

Ahora bien lo que hizo realmente nuestro autor fue componer una muy buena síntesis del pensamiento filosófico anterior y de forma muy moderna: elegir un tema<sup>14</sup> relevante – en este caso, el *criterio de verdad* – y ver cómo lo han enfocado los grandes pensadores, desde Sócrates a Cicerón, siempre “ex ipsis primis fontibus”, que el de Zafra conocía perfectamente. Y todo ello adobado con agudas consideraciones sobre muchos de los grandes problemas filosóficos. Tampoco se olvide que este método permite abordar cuestiones peligrosas de forma aparentemente más aséptica, cargando sobre otros, ya difuntos, las propias opiniones más o menos explícitas. Así lo hará, siglos después, en Badajoz, el catedrático Máximo Fuertes Acevedo abordando el pensamiento de Ch. Darwin en un ensayo sobre la teoría de la evolución de las especies (que ni aun así escaparía a la censura diocesana).

¿Por qué la elección de este tema? Se trata, como se sabe, de establecer el principio, la fórmula que nos permite distinguir el error de la falsedad y hacernos con la verdad, si ello es posible. El asunto estaba entonces muy de moda. En efecto, un aire del viejo escepticismo volvía a cernirse por Europa, cuyos intelec-

<sup>12</sup> Pedro de Valencia, *Academica*, Badajoz, Diputación, 1987, pág. 14.

<sup>13</sup> Apud Oroz, o.c., pág. 2.

<sup>14</sup> Recordamos al respecto obras como las de E. Cassirer, *El problema del conocimiento*, 3 vols. (México, Fondo de Cultura Económica, 1953) o José Luis Cencillo, cada una de las cuales recorren la historia de la filosofía centrándose, respectivamente, en la teoría del conocimiento y en el concepto de hombre.

tuales más destacados no ocultan sus desconfianzas al respecto, inseguros como están, cuando no ya completamente alejados de los antiguos criterios: la autoridad de Platón, Aristóteles o Santo Tomás, el “magister dixit”, los dictámenes de La Sorbonne; el geocentrismo ptolemaico; la interpretación literal de las Sagradas Escrituras o el mismo Magisterio del Papa de Roma, contra el que Lutero y los suyos se erigen abiertamente. Baste recordar el inquietante “que sais-je” de Montaigne ; las críticas del Brocense<sup>15</sup> y su famoso “mierda contra Santo Tomás”, proclamando abiertamente un racionalismo peligroso, o las tesis de su homónimo y coetáneo, el médico portugués Francisco Sánchez, autor de obras como el *Tractatus de multum nobili et prima universali scientia quod nihil scitur* (Lyon, 1581), de tendencia notoriamente escéptica, y su célebre *Quo magis cogito, magis dubito* (Cuanto más pienso, más dudo).

Mario Méndez Bejarano, uno de los pocos que escribió convincentemente sobre nuestro hombre, en el primer tercio del pasado siglo, dice de él:

“Entre los pensadores que clausuraron el siglo XVI se distingue Pedro de Valencia (¿1552-620?), medio andaluz medio extremeño, porque su pueblo más tiene de Sevilla que de Extremadura. Acaso por eso se llama él mismo *Zafrensis in extrema Betica*. Vivió en su ciudad natal, cultivó la amistad de Arias Montano, recibió el nombramiento de cronista real de Felipe III, con sueldo, y falleció en Madrid. Titula su obra propiamente filosófica *Academia sive de iudicio erga verum ex ipsis primis fontibus* (Amberes, 1596). Es un libro de carácter histórico-filosófico en que se proponía indicar la clave de las «Académicas» ciceronianas. Estudia los filósofos griegos, deteniéndose con marcada delectación en los escépticos. Crítico admirable, sereno expositor, historiador a la moderna, nada original nos legó en orden al problema de la certidumbre, que tan hondamente le preocupaba. Sus restantes trabajos pertenecen a la esfera práctica o de aplicación, aunque por todos ellos derrama las luces de su perspicacia.

Ostenta en su haber la disimulada pugna contra la superstición, pues si no niega, ni podría en aquel tiempo negar impunemente, la intervención del demonio en lo universal del dogma, movido de horror por los autos de fe contra los brujos de Logroño, aconseja que “en lo particular del hecho, en cada caso es mui

<sup>15</sup> Pedro de Valencia conoció y trabó amistad en la Universidad de Salamanca con el autor de la *Minerva*.

lícito i aun prudente i devido el dudar en las cosas que pueden acontecer de muchas maneras, de qual dellas aconteció la de que se trata.

«Y la presunción está siempre por la via ordinaria, humana i natural, no averiguándose con los requisitos necesarios milagro o exceso sobre lo natural y común».

Feliz escepticismo el que nace del amor a la sabiduría y se acompaña de noble sinceridad, porque desde cualquier punto que honradamente inicie la investigación, irá, como pensaba Sócrates, derecho a la verdad” 16.

Efectivamente, que Valencia adoptaba por lo común una actitud escéptica, sobre todo ante acontecimientos que muchos tenían por extraordinarios e incluso sobrenaturales, en tanto él procura reducirlos a fenómenos explicables por causas más simples, se percibe bien en sus *Discursos acerca de los brujos y sus maleficios*. Así, en el 2º de éstos, tras considerar las fantásticas narraciones de los aquelarres, concluye nuestro autor: “En el discurso procedí por cada opinión, disputando y condescendiendo con todas en quanto á lo posible, y en quanto á algunos casos antiguos y raros que Dios haya permitido para grandes fines y ejemplos, y que están autorizados con testimonios, que merezcan fé ¿cerca de cosas tan exorbitantes; pero en cuentos de tiempos y autoridades inferiores, y particularmente en estos de Logroño, todo mi sentimiento y afecto se inclina á entender que aquellas hayan sido y sean juntas de hombres y mugeres que tienen por fin el que han tenido y tendrán todos los tales en todos los siglos, que es torpeza carnal: y que los que concurren á ellas, cevados en el vicio, están como furiosos y endemoniados fuera de sí, como vemos, que les acontece á algunos hombres en amores y amancebamientos, que parece que llevados con violencia de espíritu inmundo de fornicación, no son señores de sí. Siguiendo estos vicios y guiados destos espíritus se van los brujos y brujas por sus pies á las juntas, ordinarias y extraordinarias que dice la relación, y procuran meter en el juego niños y niñas, como más faciles de cazar, y como manjar de más gusto para sus intentos. El demonio como en grangeria suya andará cuidadoso y los alentará y ayudará extraordinariamente para que acometan qualquiera desatino: pero no entien-



do que se aparece, ni que interviene en forma visible, ni que ellos vuelan, ni hay otra obra que se pueda calificar por más que humana y natural. Ansí sería de parecer que las diligencias inquisitivas se enderezasen todas á averiguar esto, que si se hiciese, sospecho que se habia de descubrir y coger el cabron mayor de cada aquelarre, y el hierofanta destos nefandos misterios, y que se manifestarian oculta decoris. Convendrá que quando los reos se van á declarar aquellas sus monstruosidades de vuelos y transformaciones y lo demás, que no sean oídos ni tenidos por confitentes, sino por negantes, que dicen de propósito disparates increíbles para encubrir la verdad y porque los dejen, y porque desde la primera es muy propio á las mugeres y á los hombres como ellas alegar para escusación y para aligerar sus culpas: *Serpens decepit me*, el diablo me engañó, combatiendome con tan estrañas y fuertes máquinas como la que digo, y asi no es mucho que me haya rendido. Puede ser que el pacto sea entre ellos, y que estén de acuerdo de confesar siempre tales cosas que lo cierto, pues se conforman tanto. Y este modo de entender no excluye los veneficos ó veneficas, ni las unciones para dormir y soñar. Esto me parece, salvo etc. et sub correccione Sanctae Ecclesiae Romanae”<sup>17</sup>.

Mas entremos en el análisis de la obra, que se estructura en trece capítulos, aparte una sugestiva introducción. Pedro de Valencia, consciente de las divergencias existentes en torno al criterio de verdad (el *iudicatorium veritatis*, le denomina) declara en los preliminares el propósito de la obra: “No es mi intención, dice, tratar ahora todas las partes de la filosofía, ni de todas las opiniones de todos los filósofos. Esto resultaría demasiado ambicioso y muy poco agradable. Me voy a limitar a seguir el curso de aquel río que, procedente de Sócrates hasta llegar a la Academia, propagándose al través de diferentes sabios hasta la época de Cicerón, desapareció en tiempos del filósofo romano...”.<sup>18</sup> Se trata, pues, de escribir la historia de la Institución que, con el nombre de Academia (antigua), fundase, siguiendo siempre las instrucciones socráticas, el gran Platón.

Precisamente a él está dedicado el primer cap. I. Curiosamente, Valencia desliza que, lejos de ser un dogmático, Platón es más bien un escéptico o “aporemático”, pues “es así como se presenta en la mayoría de las cuestiones”<sup>19</sup>, más próximo a defender probabilidades que asertos apodícticos. Y ello ocurre no solo en cuanto al cosmos

17 [ab.dip.caceres.org/virtuales/valencia](http://ab.dip.caceres.org/virtuales/valencia)

18 O.c., pág. 69.

19 O.c., pág. 73.



aisthetós , sino incluso en lo referente al alcance de la razón frente al mundo de las ideas. Es ésta una visión interesada de la obra platónica, que el extremeño maneja “pro domo sua”, sin ofrecer ningún ejemplo de las paradojas, aporías o contradicciones en que hubiere podido incurrir el autor de la *República*. Por lo demás, tras exponer concisa, pero correctamente la famosa teoría platónica de las ideas, más la dura crítica de Aristóteles, recoge cómo fue degradándose la Academia a partir de Espeusipo, pues los seguidores de Platón “se fueron apartando de él y, de maneras muy diferentes, debilitaron y modificaron sus mismos principios”<sup>20</sup>.

Se nos conduce así a lo que se conoce como la “Academia media o nueva”(cap. II). A su figura máxima, Arcesilao, ya le acusaban los coetáneos de que había pervertido las enseñanzas platónicas, recayendo más bien en las tesis sofistas tan criticadas por Sócrates<sup>21</sup> (quien, no obstante, no dejaría de defender una suerte de docta ignorantia). En efecto, los conceptos de Arcesilao, inspirándose en Zenón, sobre la “akatalepsia”(no existe nada que pueda ser percibido) y la “epokhé”(suspensión del juicio: el sabio no debe opinar) están muy próximos del escepticismo. Nada extraño – deja caer nuestro filósofo – pues son categorías que ya se encuentran en autores tan antiguos como Homero y, además, van a hacerse común entre los académicos nuevos o medios tras Arcesilao.

Sí, según opina Valencia, Cicerón, Filón, Plutarco y el mismo San Agustín sostienen que sólo hubo una Academia y que Arcesilao sigue fielmente a Platón, no cabría sino atribuir también a éste el escepticismo.

De ahí que Arcesilao aparezca como un partidario de Pirrón, el escéptico, (cap. III), aunque bajo la apariencia de académico. Se confirma por la afición de aquél a argumentar “in utramque partem” (aducir razones de igual peso a favor de una tesis y de su contraria). Anotemos que Valencia nos abruma con multitud de citas , todas bien documentadas, prueba de su excelente conocimiento de la historia de la filosofía occidental. Cicerón es el más citado, según era su propósito de aclarar las Académica del mismo.

A Pirrón y la escuela escéptica dedica el cap. IV. Sigue aquí los escritos de Diógenes Laercio , Aristocles de Mesenia y Sexto Empírico, recogiendo sus dos tesis claves: la “afasia”(no afirmar ni negar nada) como el mejor camino para la “ataraxia”(estado de la mente libre de toda perturbación). No puede negarse las simpatías del autor frente al escepticismo, al que suele entender en el sentido original de la palabra, recordado

<sup>20</sup> O.c., pág. 77.

<sup>21</sup> Recordemos al Protágoras que proclama al hombre como medida de todas las cosas, o la tremenda tría de Gorgias: “nada existe; y si existe, no lo podemos pensar; y si lo pensamos, no lo podemos decir”.

luego por Ortega : *eskeptomai*, buscar siempre nuevas perspectivas. “Cuando preguntamos – escribe Valencia – a algún escéptico acerca de algún problema, suele responder con aquellas palabras que constituyen como una fórmula de garantía: *Sképtomai*, esto es, ‘ando buscando y pensando qué debo responder pues todavía no lo sé’; *Epékho*, me reservo el asentimiento; o *Oudèn horídso*, que equivale a *no puedo precisar*. Todo es *aóriston*, indefinido, y no hay nada superior a lo demás: *A todo discurso y a todo razonamiento se opone siempre otro discurso y otro razonamiento de igual peso*”<sup>22</sup>.

Enemigos de los escépticos fueron los estoicos, a los que se dedican los dos largos capítulos siguientes (V y VI). Valencia reconoce que ellos (Zenón) tienen un criterio de verdad, la “phantasía kataleptiké” o visión comprehendente, merced a la cual reconocen como posible la captación de la verdad y que él define con palabras de Cicerón como “visión impresa y realizada en virtud de lo que es, cual no puede resultar de lo que no es”<sup>23</sup>. Sin embargo, no deja de poner el dedo en la llaga y, apoyándose en los académicos (Galeno) y el propio Plutarco, recuerda la dificultad, cuando no la imposibilidad, de conseguir aprehensión, con lo que de nuevo abre puertas al escepticismo y se derrumba el concepto estoico de ciencia en tanto “aprehensión firme e inmutable que se apoya en la razón” (Estobeo). Queda, eso sí, el recurso a la ética del hombre virtuoso, cuyas opiniones serán siempre más sólidas que las del necio atolondrado, que presta fácilmente su asentimiento a cualquier fantasía o simple opinión. No obstante, en un tour de force, Valencia, apelando a Plutarco, escribe: “podríamos presentar a los filósofos de todos los pueblos en la seguridad de que todos afirmarían abiertamente no sólo que nadie había logrado la sabiduría, sino que nunca podría darse en un mortal”<sup>24</sup>. Con lo cual, seguimos sin tener un criterio de verdad firme.

¿Nos lo proporcionará Carnéades, en la Academia Tercera? A analizarlo se dedica el cap.VII. No lo parece, pues el fundador de esta tercera fase académica defiende que todas las cosas son “akatálepta”, es decir, incomprensibles. Y no tanto por su propia naturaleza, cuanto por la propia incapacidad del hombre para discernir lo verdadero de lo falso. No hay nada que pase de ser meramente probable. No disponemos de una razón o de un criterio para separar las representaciones verdaderas de las falsas. Argumentando ad hominem, se diría que ni siquiera un esclavo podría ser reprendido porque llevase aceite en vez de garum. No es raro que sus enseñanzas levantasen las iras del irritable Catón, hasta extenderla a los filósofos todos<sup>25</sup>.

<sup>22</sup> O.c., pág.107.

<sup>23</sup> O.c., pág. 125.

<sup>24</sup> O.c., pág. 141.

¿No sería, pues, preferible plantearse con los académicos la búsqueda del criterio de probabilidad, en vez del de verdad?, se pregunta nuestro autor en el cap. VIII <sup>26</sup>. Es por el que se inclina Carnéades, según Valencia. Se percibirá que es la misma problemática surgida a partir del empirismo moderno, pues, si sólo tiene sentido hablar de lo nacido al calor de las impresiones, ¿cómo sostener tesis o leyes universales, imposibles de experimentar? De ahí, dice Valencia, la semejanza que en definitiva Cicerón establece entre académicos y estoicos. Y, consecuentemente, lo justificado de la “epokhé” o suspensión del asentimiento, que Carnéades propugnaba como conducta del hombre sabio. Esta habría sido también la tesis de Cicerón, según opina Valencia. Quien se pregunta si esto no conducirá a una peligrosa “apraxia” (suspensión de la acción), a lo que él mismo responde negativamente, pues “para que una persona se vea movida a la acción, o apetezca o rechace algo, basta con que exista la visión probable del objeto, acomodada a la realidad o en desacuerdo con ella, aunque se suspenda el asentimiento” <sup>27</sup>.

Por lo demás, las simpatías de Valencia hacia los académicos no deja de percibirse, como cuando proclama: “No porque los académicos frenaran el asentimiento en todo lo que es objeto de discusión, tenemos que considerarlos desidiosos y holgazanes, cuando en realidad fueron ellos los más trabajadores y más celosos buscadores de la verdad” <sup>28</sup>. Fue ésa misma la actitud que tantas veces adoptaría nuestro paisano a lo largo de su existencia, lo que le permitirá conducirse sabiamente en cuestiones como la de los famosos plomos de Granada <sup>29</sup>.

En cuanto a los sucesores de Carnéades (cap. IX), el ensayista nos refiere una picante anécdota de Mentor <sup>30</sup>, para pasar a ocuparse brevemente de Filón de Larisa, que tampoco habría superado el escepticismo de los académicos nuevos.

El cap. X se dedica a Antíoco de Escalón, quien dejó la Academia para pasarse a los estoicos, no se sabe si convencidamente o por pura ambición. Él se defendía diciendo que buscaba la pureza de los orígenes, las enseñanzas de la academia plató-

<sup>25</sup> Según Cicerón, “el censor Catón, después de haber oído a Carnéades, juzgó que él y los otros legados debían ser expulsados cuanto antes de Roma, ya que no resultaba fácil discernir en qué consistía la verdad cuando aquél argumentaba”. Apud Oroz, o.c., pág. 20.

<sup>26</sup> Una errata en la edición que utilizamos repite el mismo ordinal VII en este capítulo.

<sup>27</sup> O.c., pág. 187.

<sup>28</sup> O.c., pág. 191.

<sup>29</sup> Ver Carlos Alonso, *Los apócrifos del Sacromonte*. Valladolid, Estudio Agustiniano, 1979.

<sup>30</sup> Fue expulsado de la escuela al ser hallado in fraganti con una concubina por Carneades, quien no dudó en que estaba ante una fantasía aprehendente y no meramente probable, dice con gracia Pedro de Valencia.

nica. Fue maestro de Cicerón, que se ocuparía del mismo en las *Cuestiones Académicas*, pero no se conservan los pasajes a él dedicados.

La escuela cirenaica aparece en el cap. XI. Aristipo de Cirene, su fundador, amigo de Sócrates, afirmaba que “el criterio de verdad eran los afectos interiores y las emociones, *tá páthe*, que son las únicas realidades de las que se puede afirmar que existen”<sup>31</sup>. Pero esto nos conduce nuevamente a posiciones escépticas o relativistas, pues cada uno tiene impresiones diferentes sobre lo mismo. Valencia insiste en que tal postura no puede eludir un franco solipsismo, aunque advierte de que no hay que burlarse de tal doctrina: “Me parece- escribe- que no debemos aceptar, pero tampoco burlarnos de la doctrina de los cireanicos ya que parece que el mismo San Agustín la admitía más que la rechazaba”<sup>32</sup>. Por lo demás, avisa de la inconveniencia de presentar como ridículos los pensamientos de los viejos filósofos, pues “yo mismo, cuando se exponen de una manera burlona ciertas opiniones absurdas de hombres en otro tiempo famosos, que se presentan al margen del sentido común de los hombres, no puedo llegar a creer que dichas opiniones hayan sido expuestas o interpretadas con fidelidad, tal como las sentían y enseñaban sus autores. Pues ¿cómo yo, hombre de pocas luces, iba a poder descubrir por mis fuerzas lo absurdo de aquellas afirmaciones que ellos, hombres de profundo y claro ingenio, habían expuesto después de largas meditaciones, cual si se tratara de doctrinas ridículas?”<sup>33</sup>. Sabia y sensata consideración, que también yo he compartido en numerosas ocasiones durante mis años de estudiante con profesores endebles, incapaces de explicar bien los grandes sistemas filosóficos.

Sin embargo, él mismo no deja de tachar como ridícula <sup>34</sup> una opinión sobre los astros de Epicuro, a quien se dedica el cap. XII. Como es habitual entre los católicos, no trata muy bien al autor de la *Carta a Menecio*, de quien escribe que “despreció toda la parte racional de la filosofía”<sup>35</sup>. Sin embargo, no deja de reconocer que estudió el tema del criterio de verdad dentro de los temas de filosofía natural (lo que no deja de incluir una cierta contradicción en nuestro paisano). Acierta a situarlo entre los pensadores materialistas, en la línea de Demócrito, si bien nada nos dice sobre la diferente forma de concebir el átomo que uno y otro tienen<sup>36</sup>. La verdad se alcanza a

<sup>31</sup> O.c., pág.215.

<sup>32</sup> O.c., pág. 219.

<sup>33</sup> O.c., pp.221-223.

<sup>34</sup> “Adiicitque ridiculam rationem...”, oc.c., pág.232

<sup>35</sup> .c., pág.225.

través de los sentidos, si bien reconoce el problema que eso significa y que, en palabras de Cicerón, se adelantan a las de Descartes en el *Discurso del método*, pues “si uno solo de los sentidos nos ha engañado una sola vez en la vida, no debemos dar crédito a ninguno”<sup>37</sup>, ni siquiera cuando el sujeto piensa que goza de una evidencia total. Con ello se abren otra vez las puertas a un peligroso perspectivismo relativista.

Finalmente, un rápido apunte (cap. XIII) sobre los pensadores eclécticos, tratados desde sus textos griegos, pues Valencia dice que no se fía de sus traductores latinos, viene a sugerir en pocas líneas la oportunidad de clasificarlos como dogmáticos antes que como escépticos. ¿Se trata de la opción predilecta por nuestro humanista, reacio a someterse al dictado de escuela alguna y más proclive a escoger de cada uno lo que le pareciese mejor? No excluyo esta posibilidad para un hombre que termina aclarando cómo no interrumpió ninguna de sus obligaciones mientras redacta este libro y que, en cualquier caso, la auténtica verdad no reside en la filosofía humana sino en ese saber que Dios revela solo a los pequeños (otro topos, de origen neotestamentario, común en el discurso de los familistas).

Sobre la importancia del libro que hemos revisado, conviene recordar lo que sostuvo James S. Reid, el acreditado editor de las *Cuestiones académicas* de Cicerón: “de todas las obras sobre filosofía antigua, anteriores a nuestro tiempo, las *Academica* de Pedro de Valencia (1596) son con mucho las más importantes para el estudio de las *Academica* ciceronianas. El escritor español ha adquirido un conocimiento de la filosofía post-aristotélica que no ha sido superado hasta ahora”(…) Un uso cuidadoso de Pedro de Valencia habría librado a los editores posteriores de innumerables errores”<sup>38</sup>.

Recordaré unas palabras de Menéndez y Pelayo, incluidas en un estudio de significativo título, “De los orígenes del criticismo y del escepticismo, y especialmente de los precursores de Kant”, pese a que hayan de rebajarse por el celo del santanderino en exaltar las glorias patrias: “No conozco ningún ensayo de monografía histórico-filosófica anterior a la gran recopilación de Brucker, que pueda entrar ni en remota competencia con el ensayo de Pedro de Valencia”<sup>39</sup>.

<sup>36</sup> El átomo material, según Demócrito, es pasivo: sólo se mueve merced a impulsos que le llegan desde fuera. Epicuro, explicaría Marx en su tesis de doctorado, concibe la materia como dinámica, energética, dotada de movimiento propio.

<sup>37</sup> O.c., pág. 227.

<sup>38</sup> Apud Oroz, o.c., pág. 48.

No es raro, pues, que los editores de Cicerón hayan incluido frecuentemente la obra de nuestro paisano en el corpus de aquél. En España, lo reeditó por vez primera Francisco de la Cerda y Rico a finales del XVIII <sup>40</sup> – cuando se renovó el interés por Arias Montano y los suyos-, reapareciendo en otras ocasiones. La tradujo al castellano (1873) Francisco de Borja Pavón, según el manuscrito existente en la Biblioteca Nacional, pero la primera versión completa y publicada es la de Oroz, a la que, según dije, nos hemos atenido.

Terminaré con el mismo párrafo con que concluye Manuel M<sup>a</sup>. Pérez López su excelente estudio *Pedro de Valencia, primer crítico gongorino*<sup>41</sup>: “Pedro de Valencia, con su mente abierta y su mesurado escepticismo de honda raíz filosófica, es uno de los oscuros forjadores de la España no dogmática – tan ensombrecida por la otra -, a la que dieron vida gentes que, como él, pasaron por la vida con elegancia discreta e inteligencia silenciosa, sin meter ruido en la historia”.

<sup>39</sup> En *Escritores Castellanos*, t. 94, pág. 341.

<sup>40</sup> Madrid, Antonio Sancha

<sup>41</sup> Salamanca, Acta Salmanticensia, 1988